

VA DEL NACIMIENTO, como al fin sucedió en 1029, cuando el feroz Ibaken mandó buen número de infieles para que destruyesen el grandioso TEMPLO DE SANTA ELENA y no dejasen vestigio alguno del Santuario más poético y más tiernamente amado del Cristianismo.

No sucedió, por fortuna, como el bárbaro Califa deseaba, pues, llegados que fueron sus emisarios y comenzando a poner manos a la obra devastadora, un misterioso fuego los deslumbró a todos y mató a unos cuantos, razón por que los otros huyeron más que de prisa sin ejecutar el sacrilego mandato.

Es ésta una de las tradiciones que conservan más frescas los habitantes de Belén y una de las más aceptables por la circunstancia particular de haber sido destruido el mismo año 1029 el Santo Sepulcro, lo mismo que otros templos de Palestina, quedando intacto el de Belén contra la inexorable orden de Ibaken. Así pasó Belén de Judá hasta el último año del siglo XI en que los cruzados conquistaron, a costa de trabajos inenarrables, los Santos Lugares de Palestina, estableciendo el reino latino de Jerusalén que duró desgraciadamente menos de un siglo.

Cuenta la historia que poco antes de la toma de Jerusalén por Godofredo de Buillon, cuando los ejércitos libertadores acampaban todavía en las alturas de Emaús, los fieles betlemitanos enviaron una nutrida comisión al invicto caudillo, suplicándole que fuera inmediatamente a rescatar el PESEBRE del Salvador de las garras de los Sarracenos, quienes, temiendo su próximo fin en Palestina, intentaban tomar previamente represalias poniendo fuego al grandioso monumento que cobija la adorada cueva.

Entonces cien valientes a las órdenes de Tancredo, fueron destinados sin perder tiempo a la conquista de Belén; y de no-

che, subiendo y bajando montadas, cruzando valles y torrentes, salvando precipicios, y despreciando las emboscadas del fanático enemigo, entraron en la desolada ciudad que los esperaba con los brazos abiertos; y á la mañana siguiente aparecía ondeando sobre la cúpula de la grandiosa Basilica el lábaro salvador de los Cruzados.

Era el preludio de la caída de Jerusalén en manos de los cristianos y de la reconquista de toda la Tierra Santa.

Duró bien poco tanta dicha. En 1187 volvía a caer Belén bajo el yugo ominoso de los musulmanes caudillados por Saladino, quien no consintió que el SANTO PESEBRE fuese convertido en Mezquita como deseaban y le proponían sus consejeros, antes bien permitió que los cristianos mediante un tributo establecido, siguiesen honrando y engrandeciendo con su culto aquel lugar incomparable.

Y bajo el poder de los Sultanes gimió Belén durante los siglos siguientes, y continúa aún gimiendo, si bien los cristianos de hoy gozan de relativa libertad, mayor si cabe que disfrutaban en otras ciudades de Oriente. De suerte que, salvo muy pocos intervalos, Belén fué siempre



Panorama de Belén